

La oración cristiana

Angela Tagliafico

Profesora en el Instituto Superior de Ciencias Religiosas y en la Facultad de Teología del Ateneo Pontificio Regina Apostolorum.

1. La oración cristiana es trinitaria, cristoforme y filial

Cuando los Apóstoles le dicen a Jesús: «Señor, enséñanos a orar», en ningún momento podemos decir que ellos piden algo sin importancia a su Maestro, sino que expresan una necesidad profunda del corazón humano. El hombre tiene necesidad de orar porque tiene necesidad de Dios y desea que entre su vida y la vida divina, incluyendo su impotencia y el poder de Dios se establezca un contacto vivo, personal, amoroso, que vierte en él algo eterno, así de grande capaz de cubrir su indigencia de criatura. La oración pone en acto tal contacto, tal comunión, como un corazón a corazón, como un cara a cara, en la que la riqueza de Dios se derrama sobre la criatura, elevándola.

La oración cristiana presupone la fe en un Dios personal y presente. Dios está en la conciencia de los que oran no como una idea filosófica o teológica, sino que como una persona viva. La oración del cristiano es esencialmente la oración de Cristo, el cual, mediante la Encarnación establece un nuevo tipo de relación entre Dios y el hombre¹.

La oración cristiana no puede existir fuera de Cristo, de hecho esta es participación a la oración que Cristo eleva al Padre en el Espíritu Santo y el cristiano bajo el impulso del Espíritu de Cristo se vuelve capaz de volverse a Dios con las mismas palabras con las que Jesús se dirige al Padre, con el término suave y confidente de Abbá.

Nuestra oración, por lo tanto, sólo existe en la medida en que es oración de Cristo, es decir, en cuanto somos unidos e incorporados a Él; unión e incorporación que se hacen por la gracia que se nos da en el bautismo.

¹ A. HAMMAN., *Compendio sulla preghiera cristiana*, Edizioni paoline, Cinisello Balsamo, Milano 1989, 90-91.

En el orden deseado por Dios, en la que nos encontramos actualmente, la incorporación a Cristo se realiza perteneciendo a la Iglesia, Cuerpo de Cristo, de modo que todas las oraciones que pertenecen a Cristo, pertenecen también a la Iglesia y fuera de la Iglesia no puede haber verdadera oración².

El carácter cristológico de la oración cristiana se ve enriquecido por un carácter eclesiológico, de manera tal que en cada una de nuestras oraciones están Cristo y la Iglesia que oran. Lo que llamamos de tal modo, no es una ontología de la oración, sustrato de toda una manifestación psicológica, individual y concreta. Este fundamento ontológico existe en sí mismo, independientemente de nuestras reacciones individuales y por esto trasciende el aspecto psicológico, es decir, la forma en la que hacemos la oración en nuestra vida interior.

Aunque durante nuestra oración no somos totalmente conscientes de Cristo y de la Iglesia, nuestra oración siempre conserva los dos caracteres mencionados. En el rosario recitado por alguien que está al inicio de la vida espiritual, como al igual en las etapas superiores de los místicos, están siempre en oración Cristo y la Iglesia.

La mediación de Cristo en la Iglesia, lleva por tanto al orante a un encuentro y a una comunión personal con la plenitud del misterio de Dios. La novedad de la oración cristiana está por tanto en el ser de la oración misma de Cristo comunicada a los hombres³.

La esencia teológica de la oración cristiana es, por tanto, entrar en diálogo con el Dios uno y trino, a través de la mediación de Cristo.

Transformado en Cristo, el cristiano contempla al Padre a través de los ojos de Cristo; participa en el diálogo entre el Hijo y el Padre y de esta manera es acogido en el seno a la vida que se da entre las personas divinas, convirtiéndose en un participante. A través de la transfiguración en Cristo todos los fieles pueden tener acceso al Padre en un mismo Espíritu (Ef 2,18).

De esta elevación del hombre al orden de la vida divina, es evidente que su oración es trinitaria. Su conversación con Dios es un participar al diálogo silencioso que desde la eternidad tiene lugar en el misterio mismo de Dios, el cual habita en el alma en gracia, como la fuente de luz y de amor⁴.

² A. HESCHEL, *L'uomo alla ricerca di Dio*, Edizioni Qiqajon, Bose 1995, 17.

³ A.N. TERRIN, «Preghiera esperienza universale», *Credere oggi* 43 (1988) 9-10.

⁴ ID, *Preghiera...*, 24.

El Dios vivo al cual se eleva nuestra oración se ha transformado, mediante Jesús, en nuestro Padre, y asimilándonos a Él, Jesús nos hace partícipes de su diálogo filial con el Padre, haciéndonos hijos de Dios, hijos en Él, en el Hijo.

La oración cristiana es, pues, esencialmente oración trinitaria, cristoforme y filial. Diálogo del hijo al Padre, por Cristo, en el Espíritu Santo: diálogo, escucha y silencio. La verdadera situación de la oración no es cuando Dios escucha lo que le pedimos, sino cuando el orante persevera a orar hasta que es él el que oye lo que Dios quiere que escuche. Esto, debido a que el aspecto más profundo de la oración es la escucha.

La escucha de la Palabra de Dios es posible solamente cuando y en la medida en la cual el alma ha construido una amplia zona de silencio. Sin embargo, también existen los silencios de Dios, causa de profunda aflicción, de lo cual hablaremos.

Además en Cristo, nosotros podemos vivir una auténtica relación no sólo con Dios, sino que también con los hombres; podemos dirigirnos al Padre y también podemos dirigirnos en Cristo, incluso a los hermanos los santos. La oración a los santos es la más perfecta expresión de la comunión con los hombres, la cual en Cristo de hecho, es totalmente real. No podemos menospreciar este aspecto de la oración cristiana, la cual, además de ser un encuentro personal con Dios, es también, una expresión comunitaria, eclesial y litúrgica⁵.

2. La oración cristiana es teológica

La oración cristiana es, pues, esencialmente teológica. En la base de toda expresión del orante cristiano encontramos siempre la fe, por medio de la cual conocemos todas las iniciativas divinas que nos introducen en el mundo de las relaciones personales y familiares con Dios que forman la esencia misma de la oración. Todo el contenido de la oración cristiana es alimento de aquello que la fe nos revela de Dios y de Cristo.

Si la oración cristiana tiene su fundamento en la fe, sin embargo su entusiasmo y su gemido está en la esperanza: a través de la esperanza la oración se convierte en invocación, que es necesidad y demanda de Dios que se entrega a sí mismo, y por tanto impulso y tensión hacia su plena posesión en la vida eterna.

⁵ J. LAFRANCE, *La conoscenza di Cristo nella preghiera quotidiana*, Edizioni paoline, Milano 1973, 89-91.

La oración cristiana es una súplica de un alma que desea Dios y que lo quiere, a la espera de que sea Él mismo a entregarse a ella, esta es la obra propia de la esperanza teologal. Se ora a Dios porque se cree en Su amor y se espera en Su misericordia⁶.

Si la oración cristiana tiene su fundamento en la fe y su impulso en la esperanza, su dinamismo proviene de la caridad, que inspira y anima todas las actitudes del orante. Nuestra oración vale cuanto vale la caridad que viene expresada. El valor de la oración reside en el ser de la actitud más profunda del alma, la cual, por el hecho de amar a Dios, se dirige hacia Él en una mirada interior de amor. Así la caridad inspira la oración y florece en oración, realizando en nosotros la verdadera intimidad divina y fijándonos en el diálogo de amor con Dios⁷.

En la oración cristiana, en la adoración, alabanza, acción de gracias, en el arrepentimiento y en la súplica, proceden del amor y son actitudes de amor, de la cual la caridad es la fuente.

3. La oración cristiana es continua

La oración corresponde, como hemos visto, a una exigencia de la naturaleza humana y de la vida misma de la gracia. En efecto, es la elevación del hombre al orden de la vida íntima de Dios, a través de la gracia, la que hace surgir en el alma la necesidad de elevar, en la oración, el corazón y la mente al Padre que está en los cielos, de la cual el hombre se ha convertido en el hijo⁸.

Jesús a menudo insiste en la perseverancia y en la continuidad de la oración: es necesario pedir, buscar, llamar a la puerta con insistencia, porque el Padre nos dará lo que le pidamos, y sobre todo el don por excelencia, su Espíritu. La doctrina se confirma en la parábola del amigo importuno y del juez injusto, que derrotado de la importunidad, se siente obligado a hacer justicia a una mujer pobre (Lc 18,2-7).

Pero el “orar siempre” del Evangelio no significa poner uno sobre otro varios ejercicios de piedad y no equivale ni siquiera a multiplicar los actos de oración durante el día y el trabajo, sino que tiene que ver con una orientación del alma y de toda la vida a Dios, por la cual se vive para Él, en Él y con Él, y no sólo se dedica el tiempo propio a la oración, sino que se traba-

⁶ A. LOUF, *Signore insegnaci a pregare*, Marietti, Torino 1976, 77.

⁷ ID., *Signore...*, 91.

⁸ M. COSTA, *Voci tra due silenzi*, Edizioni Dehoniane, Bologna 2004, 30.

ja, se estudia, se esfuerza, se sufre y se muere con el estado de ánimo del “todo para Dios”. San Pablo escribe a los Colosenses 4,2: “Persevera en la oración, velando en ella con un sentido de gratitud, orando juntos también para nosotros”.

Cualquier movimiento hacia Dios es siempre una oración, que básicamente consiste en querer siempre y en todo lugar la voluntad de Dios. El verdadero camino de la oración es la vida. Una oración continua y una vida totalmente dedicada al servicio de Dios, en profunda unión con su voluntad, reconocida, deseada y amada.

Para el hombre que cultiva la presencia de Dios, la oración continua es posible en el corazón mismo de la acción más absorbente. Y es el amor que le da coherencia y unidad a la vida. Acción y contemplación, por tanto, no son sino dos momentos de un mismo amor. Sólo basta tener una mente que cree y un corazón que ama y cuanto más esta fe y este amor serán fuertes y vigorosos, mucho más la oración será profunda y continua⁹.

La oración, por tanto es continua, cuando es continuo el amor y el amor es continuo cuando es único y total. La oración entendida de esta manera es siempre posible, en todas las circunstancias y en medio de cualquier ocupación. No sólo, sino que para el cristiano que realmente ama al Señor, es imposible detenerla, como es imposible dejar de respirar.

Para el cristiano que recibe de Dios la vida todos los días y todo lo ordena intencionalmente a Él, cada gesto constituye una oración verdadera. Él ora no sólo cuando se dirige directamente a Dios en el tiempo propio de oración, sino que cada vez que por amor Suyo, cualquiera que fuesen sus ocupaciones, ejerce el bien con cualquier obra de caridad, de penitencia y de humilde y oculto servicio¹⁰.

A la sombra de la voluntad de Dios, incluso la más pequeña acción puede convertirse en contemplación y en tal modo la oración ya no se presenta más como una fórmula externa, una acción fuera o superpuesta a la vida, ni como un acto de intermitencia, sino que se revela como el acto cotidiano más necesario de la persona¹¹.

Ahora entendemos que cuando el Señor llamaba a los apóstoles a orar continuamente, ya les dio una indicación clara de la naturaleza de la oración; de la cual, la esencia de un cristiano se identifica con la esencia mis-

⁹ A. GIABBANI, *Tu e Lui. Lo Spirito Santo che è in te*, Editrice Vaticana, Città del Vaticano 1988, 60.

¹⁰ ID., *Tu e Lui...*, 101.

¹¹ A. GUILLERAD, *La preghiera*, Edizioni paoline, Cinisello Balsamo 1991, 78-80.

ma de la vida. Cuando la vida es una canción de amor no termina jamás ninguna oración.

Por tanto, la oración es el amor y el amor para un cristiano es todo y requiere un dominio exclusivo capaz de hacer apreciar todo valor creado únicamente como un lugar de sacrificio y de alabanza al Señor.

Es comprensible cómo una persona que aspira a la plenitud de la vida cristiana, tiene que necesariamente ser un especialista por excelencia de la oración. Una persona que no tiene la pasión por la oración, por la comunión con Dios, que no es una orante, queda fuera de la profundidad del espíritu cristiano. Una persona que no reza, tiende a quedar vacía de la esencia de su vocación y a poner en peligro su destino eterno, que se realiza y se agota en una incesante adoración de Dios, contemplado en la plenitud de Su misterio¹².

Tenemos que ser personas de oración, esta es la esencia del cristiano. La fecundidad de nuestra vida interior se mide por tanto por la eficacia de nuestra oración y también nuestra misión apostólica es, en gran medida, llevada a partir de la intensidad de nuestra oración.

4. La ausencia de Dios en el momento de la oración

Con los términos “presencia” y “silencio” entramos en el misterio de la oración cristiana. Estos son dos términos referenciales y dialécticos, no directamente unidos entre sí, sino hacia otros dos términos, no expresados pero implícitos, “ausencia” y “palabra”. En esta forma de contraste es que vivimos el misterio de la oración cristiana diaria.

El inicio es claro y seguro: Jesús es la presencia de Dios, encarnada y visible, definitiva e irrevocable; es Su palabra firme, total y de comunión. Con este solo hecho, aseguramos una vez por todas la Presencia de Dios en nosotros y entre nosotros y de su Palabra explícita en todas las realidades y las oscuridades de nuestra existencia personal y de la historia colectiva¹³.

Por tanto, cualquier dificultad, que podría surgir sobre la presencia de Dios y las mediaciones individuales concretas en el que se realiza, es relacionada a Jesús, Presencia y Palabra personal. Cada dificultad filosófica o teológica en torno a las mediaciones objetivas y subjetivas, se encuentra la misma Palabra de luz y de verdad, y es sobre esta base de presencia asegu-

¹² Id., *La preghiera...*, 110.

¹³ A. GIABBANI, *Tu e Lui...*, 71.

rada y de palabra ya dicha que la oración cristiana encuentra su impulso para llevar adelante el diálogo con Dios.

A pesar de esta riqueza y seguridad, sin embargo, el cristiano que ora se enfrenta a graves dificultades e incertidumbres. Estas vienen justamente del misterio de Dios, que con Su inmensidad bloquea todas las vías de acceso a Él. También influye nuestra psicología humana, siempre frágil e incierta, cada vez que tiene que dar un paso más allá de lo que ve o toca con los sentidos. Y entonces surge inmediatamente el lamento: Dios está ausente, Dios no me habla más, no se escucha más.

La ausencia de Dios y la oscuridad permanecen como una posibilidad real en la experiencia del creyente. Incluso Jesús sufrió muchas veces: la más conocida la del Getsemaní y en la cruz. Un camino similar han recorrido los grandes amigos de Dios, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Así que tenemos una buena garantía y buena compañía en vivir la presencia y la ausencia de Dios en la oración y en nuestra vida.

Es sorprendente que sea precisamente la oración el momento en el cual más duramente experimentamos la ausencia y lejanía de Dios, dado que es la forma de comunión directa e inmediata, el encuentro de la amistad y del diálogo con Él. En las otras mediaciones, sin embargo, la ausencia de Dios la sentimos menos explícita y menos dolorosa: la naturaleza, el trabajo, el hombre, ¿qué mediación, mantienen el sentido teológico con mayor estabilidad?¹⁴

Esta pregunta encuentra respuesta en la teología. Sobre la realidad de la presencia de Dios por la inmensidad y aquella garantizada por Jesús en el plano teológico, con esta experiencia entramos directamente en el vivo del gran misterio. Cuando Dios se revela y se acerca al hombre, lo hace como Dios. A menudo se presenta en ese pequeño sector de su inmensidad, que es iluminado por nuestro conocimiento, que es casi la totalidad. La ausencia de Dios, entonces, es la presencia de Su grandeza infinita en el misterio¹⁵.

Siendo la oración el encuentro de mayor intensidad, es normal que sea justamente allí donde se sienta de una manera más elocuente y dura la falta del Dios vivo, del Dios todopoderoso e incomprensible. Y es uno de los más grandes valores de la vida de oración hacer sentir en carne propia, que

¹⁴ A. HESCHEL, *L'uomo...*, 88.

¹⁵ ID., *L'uomo...*, 113.

Dios nuestro Padre no es un amigo al estilo humano. De esta manera podemos llevar realmente a la madurez nuestra vida teológica¹⁶.

Nuestra atención ahora, por lo tanto, se centrará sobre el cristiano orante, sobre la persona que lleva una vida de oración y que experimenta al mismo tiempo y con la misma fuerza la comunicación íntima del Dios presente y la incompreensión dolorosa de Dios ausente.

Por tanto, el desarrollo del tema seguirá tres puntos interdependientes y sucesivos: el encuentro, la presencia y el silencio que caracterizan la oración.

5. La oración como encuentro

Cuenta la historia del ermitaño de edad avanzada que vivía en soledad, pero que a menudo era buscado y visitado por personas que querían ser instruidas por él, acerca del arte de la oración y vivir con él. Muchos le pedían poder quedarse con él, pero a nadie dio tal privilegio, hasta que uno de estos visitantes pudo quedarse con él como discípulo y justamente a este discípulo antes de morir, le explicó el motivo de la autorización especial que había recibido.

Tenía dieciocho años la primera vez que visitó al ermitaño y le pidió si podía quedarse con él, pero “¿por qué?” Preguntó el ermitaño. “Porque quiero aprender a orar” respondió el joven. “¿Y por qué quieres aprender a orar?” replicó el ermitaño. “Por qué es la ciencia más elevada”, dijo el joven. Y entonces el ermitaño le dijo: “Quiero tenerte pero no puedo” y lo envió de vuelta a su casa.

Después de varios años el joven volvió a presentarse de nuevo ante el ermitaño con la misma petición y el ermitaño repitió las mismas preguntas hasta la última: “Pero, ¿por qué quieres aprender a orar?” Y esta vez el joven respondió: “Porque quiero ser santo”. Y una vez más el ermitaño respondió: “Lo siento, quisiera tenerte conmigo, pero no puedo” y el joven regresó a casa muy triste.

Después de otro tiempo, el joven decidió volver de nuevo, porque el recuerdo del ermitaño nunca lo abandonó y se dio de nuevo el diálogo de costumbre, hasta la última pregunta: “¿Por qué quieres aprender a orar?”, y esta vez el joven respondió: “Porque quiero encontrar a Dios”. Entonces el ermitaño muy conmovido lo abrazó y lo invitó a vivir con él¹⁷.

¹⁶ P.Y. EMERY, *La preghiara al cuore della vita*, Queriniana, Brescia 1984, 65-67.

¹⁷ L. MORTARI (a cura di), *Detti dei Padri del deserto*, Città Nuova, Roma 2005, 73-75.

El término “encuentro” es utilizado siempre y hoy más que nunca, para definir de alguna manera la naturaleza teológica de la oración cristiana. En efecto, en el cuadro del encuentro se realizan la presencia y la palabra, el diálogo y el silencio.

La palabra “encuentro” destaca la reciprocidad interpersonal: dos sujetos se encuentran y cada uno de ellos se encuentra con el otro y es por él encontrado, se da y recibe la donación del otro. La oración por tanto es un encuentro.

El encuentro personal entre dos sujetos por su propia naturaleza implica una toma de conciencia de ambos: conciencia de la presencia, de dar y recibir. Si nuestra oración es realmente un encuentro y comunión personal con Dios, resulta natural que queramos tener signos perceptibles que garanticen la verdad del encuentro. Y aquí entra en juego un nuevo elemento de la oración: la experiencia. Y lo que definimos como experiencia de Dios en la oración, significa participación y comunicación de Dios y adhesión nuestra¹⁸.

Desde este punto de vista la experiencia en la oración es una aspiración legítima y no curiosidad egoísta y muestra el carácter personal y consciente de la relación. Normalmente Dios ofrece al orante signos objetivos y subjetivos para generar tal experiencia: un entorno propicio, un pensamiento que llama la atención, un sentimiento de armonía. A lo largo de la vida de oración, una persona fiel recibe o tiene experiencias frecuentes de la presencia de Dios.

Ciertamente, sin embargo, aquí puede entrar el engaño, dado que la experiencia es la resonancia subjetiva del encuentro y, más que el encuentro propio, esta mueve frecuentemente el centro de interés y de amor a la otra persona, a Dios, hacia sí misma, observando si recibe o no satisfacción.

Además, se ha difundido una reducción arbitraria e injustificada en el hablar de la experiencia de Dios. Se considera experiencia en sentido estricto, únicamente a aquella que deja la sensación de plenitud, gusto y abundancia; sin embargo la experiencia puede ser igualmente auténtica incluso cuando esta produce amargura, vacío e insatisfacción¹⁹.

Por tanto, debemos extender en este sentido, las posibilidades de una verdadera experiencia de Dios en la oración, fruto de Su presencia que puede asumir la forma de uno u otro aspecto de Su misterio.

¹⁸ S. MARSILI, *La preghiera*, Editrice Vaticana, Città del Vaticano 1989, 104-105.

¹⁹ Id., *La preghiera...*, 117.

Hablando de la oración se hace uso frecuente de ciertas expresiones tales como: encuentro, comunión personal, amistad, diálogo; todas estas derivan de la experiencia humana, en la que los sujetos se comunican con los mismos medios de expresión y recepción. Es decir, tenemos que estar atentos, porque pasamos del aspecto psicológico al teológico, sin los necesarios cambios y precauciones. Como consecuencia de tal superficial pasaje, la oración resulta desconcertante, porque en ella faltan muchos elementos considerados esenciales en el esquema del encuentro, de la amistad y del diálogo puramente humano²⁰.

A menudo olvidamos la permanencia del misterio de Dios, incluso después de su revelación en la persona y la palabra de Cristo. Después de haberse revelado a sí mismo en Cristo, Dios mantiene siempre Su trascendencia y Su misterio. Revelación y ocultamiento no son realidades que se oponen y sobreponen: como Dios pudo estar oculto, ipero ya no después de la Revelación! Estas son propiedades necesarias de su ser divino y se encuentran aún y en todas partes, como la misericordia y la justicia.

En Cristo, Dios se revela como es, es decir, cercano y trascendente. ¡No es que después de la Encarnación, Dios deje de encerrar para nosotros algún misterio o secreto! Famosa es la definición que Teresa de Jesús nos da de la oración, en el capítulo 8 de su autobiografía: “para mí la oración mental no es más que una estrecha amistad con aquel a quien sabemos nos ama”²¹; pero no es igualmente famoso el comentario que ella misma hace de esta definición y esto es la insistencia en el recordar que la relación de amistad a menudo se lleva a cabo en la experiencia dolorosa de nuestra indignidad y deberíamos tener el coraje de permanecer mucho más tiempo con Él, que lo sentimos así diferente y lejos de nuestra condición humana²².

Con tales premisas, podemos afirmar que en la oración cristiana tiene lugar un encuentro real, un encuentro entre Dios y la persona humana. Tal afirmación no indica de por sí, un límite o una reducción, indudablemente desde el punto de vista sensible implica una carencia notable, la cual muchas veces se convierte en sufrimiento íntimo. Pero, después de todo, es esto lo que importa, la infinita grandeza y la trascendencia de Dios permiten encontrar y transformar al hombre a niveles de profundidad inalcanzables en el encuentro humano.

²⁰ Id., *La preghiera...*, 132.

²¹ TERESA D'AVILA, *Vita* 8,5, in *Opere complete*, Edizioni paoline, Milano 1998, 136.

²² Id., *Vita* 8,6, pp. 136-137.

6. La oración como presencia

La sustancia del encuentro de la oración es la presencia personal de Dios y del hombre en una comunión de verdad y de amor. La presencia de Dios, por tanto, asume un papel muy importante, si bien no es tan obvio, tal vez porque ciertas formas de presencia tienen para nosotros el sabor de la ausencia.

El cristiano sabe por la fe que Dios está en todas partes, en todo lugar y acto que hace, y sabe que Jesús está presente en la Eucaristía. Sin embargo, sufre y se lamenta de la ausencia de Dios. Pero es bueno a este punto que ampliemos la visión, ya que se trata de un encuentro Dios-hombre, por lo que también tenemos que hablar de la presencia y ausencia del orante.

El hecho de una oración realizada o no, no se puede explicar diciendo: Dios se hace presente o está ausente. Existe otra posibilidad, esto es, que el hombre esté presente, o permanezca ausente.

Juan de la Cruz escribió: “Oh Señor, Dios mío, ¿quién te buscará con amor puro y sencillo que no te encuentre muy conforme a su gusto y voluntad, porque Tú antes de todo te muestras y vas hacia aquellos que te desean?”²³ Y de nuevo: “¡Oh Señor, Dios mío!, Tú eres extraño a quien no es ajeno de ti. ¿Cómo pueden decir que estás ausente?”²⁴.

Recordemos una primera distinción con respecto a la forma y el grado de la presencia de Dios, en tres niveles de aplicación: creacional, sobrenatural y afectiva. Cada una de ellas está incluida y fortalecida en la siguiente²⁵.

Por presencia creacional entendemos, Dios al origen y a la raíz de toda realidad existente, de manera conveniente con Su naturaleza. En cambio, por presencia sobrenatural entendemos una nueva relación de gracia y de amor, que es conocida a través de la mediación de la revelación, de los principios de la fe y la recepción de los sacramentos. Por presencia afectiva presuponemos las dos mencionadas anteriormente y añadimos las concomitantes espirituales con resonancias psicológicas²⁶.

²³ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Palabras de luz y de amor 2*, en *Obras completas*, Edizioni ocd, Roma 2012, p.1084.

²⁴ ID., *Palabras de luz y de amor*, 1090.

²⁵ A. MERCATALI, *La pedagogia della preghiara*, Antonianum, Roma 1983, 76.

²⁶ ID., *La pedagogia...*, 100.

El creyente mediante la presencia afectiva detecta la presencia y acción de Dios y dicha nueva actuación de Su presencia, para él, supone y va más allá de las anteriores, si bien como realidad teologal puede valer menos.

Ciertos tipos de gracias místicas, de hecho, tienen mayor resonancia afectiva, son fuertes como experiencias, si bien menos válidas como gracia, frente a otras formas de presencia que no tienen gran resonancia afectiva, pero que valen mayormente como gracia. Y esto sucede porque la gracia no implica necesariamente una resonancia afectiva y tal resonancia, cuando existe, no refleja con exactitud la calidad de la vida de gracia.

Por tanto, en la oración pueden coexistir presencia creacional y sobrenatural y ausencia afectiva, y es frecuente en la vida espiritual que la acción sobrenatural y transformante de Dios carezca de la correspondiente experiencia afectiva: las purificaciones son todas acciones de Dios directas y muy eficaces acompañadas por una total sequedad desde el punto de vista emocional.

La oración cristiana es un encuentro personal de amor y de comunión y presupone dos presencias personales; en el lenguaje teológico la atención se concentra en la presencia de Dios y permanece en las sombras la presencia o ausencia del hombre, en la cual sin embargo, se encuentra la verdadera dificultad.

La presencia de Dios está asegurada por Su fidelidad a la alianza, la humana en cambio, no se garantiza de ninguna manera.

Podemos ahora distinguir los tres niveles de participación de parte de la criatura, que son: material, espiritual y afectiva²⁷.

De la participación material, da fe toda la Sagrada Escritura, que consta de los ritos, de las ofrendas y de las fórmulas de oración hechas por el hombre mientras su corazón está lejos de ellos y está interesado en muchas otras cosas.

La participación espiritual, en cambio, es actuada de las virtudes teologales y es una participación humana y llena de fe en la comunicación divina, a través de mediaciones: de amor de oblación, de aceptación y de esperanza la cual hace presente la propia confianza y pobreza. Se apoya directamente sobre la Revelación y no necesita de constantes controles.

Y ahora, la presencia afectiva, ¿en qué contribuye? La experiencia espiritual es mucho más que una adición de sensibilidad en nuestro actuar y hablar; la verdadera novedad es la pasividad. En la experiencia espiritual

²⁷ Id., *La pedagogia...*, 107.

prevalece el sentido de presencia y acción de la otra Persona. Esta hace posible que el encuentro realmente sea intersubjetivo, vivido y experimentado como tal.

7. El silencio en la oración

El tema del silencio en la oración se propone desde otro punto de lectura, las realidades ya analizadas, tales como son: el encuentro y la presencia-ausencia. Y es justamente en relación a tales temas tratados anteriormente que el silencio se vuelve significativo. Es aquí donde el encuentro de oración se transforma en diálogo, la presencia se convierte en comunicación y el mutismo se convierte en rechazo de comunión.

En el ámbito de la oración el silencio presenta dos aspectos: ¿dónde están las respuestas y los signos de escucha de nuestra oración de parte de Dios? ¿Y dónde está Dios en nuestra historia personal y del mundo? Reafirmamos como base y punto fundamental la palabra de Dios en Cristo y en toda la Revelación.

El silencio se refiere a las palabras esenciales que refuerzan, sustituyen o niegan. En la ausencia de palabras no hablamos de silencio sino de mutismo, que es el aspecto negativo del silencio: es la negación de la comunión, o como rechazo explícito, o como una falta de elementos de comunicación. El mutismo implica no hablar y no escuchar y hace inherente a los marginados y aislados²⁸.

Consideremos los diferentes silencios:

el misterio de Dios que es inalcanzable; el lenguaje divino de los hechos y de las palabras no expresan más que una pequeña parte del misterio; todo el resto queda envuelto en el silencio y toda palabra divina se convierte en un abismo de silencio;

la adoración creyente ante el silencio del misterio divino; el creyente calla y adora porque él sabe que no es capaz de comprender las maravillas del amor divino, el tejido histórico de sus hechos de salvación;

la interioridad humana; por la que el hombre es un misterio que vive normalmente en las afueras de la propia persona. A veces, una experiencia fuerte y una circunstancia imprevista rompen la costra y luego emerge el ser verdadero que calla, porque no hay más palabras que decir.

²⁸ P. SCIADINI, *Il silenzio*, Editrice Vaticana, Città del Vaticano 2004, 110-112.

Cuando el orante habla del silencio de Dios, es consciente de estar haciendo un cambio antropológico del tema. Significa: “yo no lo siento, no entiendo Su manera de ser y de actuar”. Tal cambio tiene además consecuencias graves en la interpretación, porque lo que para un orante maduro es comunicación profunda, puede ser para un orante principiante una especie de rechazo y una falta de interés de parte de Dios.

De hecho, entonces, el silencio de Dios para la persona orante tiene a que ver con la capacidad receptiva. Acoger la Palabra de Dios para mí, hoy, aprendiendo a escuchar y a comprender el lenguaje silencioso de Dios. Por lo tanto son necesarias: la educación, la formación y la iniciación en el silencio²⁹.

Tenemos, por lo tanto, que empezar nuevamente la formación teológica y vivencial, con el fin de poder entrar en el silencio de Dios, como una forma de comunión, porque el Señor es amor infinito y puede entrar y salir de mí ser a puertas cerradas, sin que yo pueda percibir dónde se encuentra, dentro de mí, y como actúa.

Esto significa que no se de hacer del Dios lejano un Dios cercano, del Dios silencioso un Dios comunicativo. En su lugar, debemos desarrollar en nosotros mismos la capacidad de una vida teologal que nos hace hábiles para encontrar y escuchar a Dios como Él es, presente y ausente, cercano y lejano, expresivo y silencioso³⁰.

Una oración sin vanas ilusiones, auténtica, es aquella que busca el verdadero diálogo con Dios, que no es exigente pidiendo respuestas a mis preguntas, sino que más bien, yo sea capaz de responder a ese diálogo de eterno amor que Él continuamente abre en el don de Su palabra y en su Hijo. Un silencio, por tanto, cuyo fin último es finalizado a la escucha de palabras concretas y de enseñanzas personalizadas.

Otras veces, el silencio no termina en la atención a la Palabra de Dios o en la contemplación de los misterios de Cristo: nuestra historia, nuestras experiencias pueden y deben ser una fuente de oración. En efecto, en el silencio presentamos a Dios una situación, un problema personal, con el deseo de alcanzar una iluminación, una fuerza para hacer su voluntad y la sabiduría para llevar a cabo un discernimiento de la verdad³¹.

Porque existe también una oración silenciosa que participa del silencio de Dios, del silencio de la Cruz, de la intensidad del Cristo que ora en su

²⁹ Id., *Il silenzio...*, 117.

³⁰ Id., *Il silenzio...*, 130.

³¹ G. PAGLIARA, *Esperienza di contemplazione*, Edizioni Dehoniane, Bologna 1981, 69.

éxodo pascual: es un silencioso crucificado. Se caracteriza porque expresa más el desierto y el exilio que no la familiaridad y el diálogo de amistad con Dios. Silencio fecundo en sí, pero aparentemente muy árido.

En este caso tenemos que seguir en la presencia de Dios, aceptando este vacío silencioso y soportando con amor y con mucha paciente espera, con una actitud de humildad y pobreza interior. Ya esta actitud constituye una maravillosa respuesta de fidelidad y de amor en la silenciosa espera de quien adora esperando aún privo de gratificación³².

Tal doloroso silencio de la oración no es ilógico, es más bien una necesaria purificación que nos renueva interiormente y nos abre a la esperanza, expresa y pide amor en la gratuidad.

Tal silencio sirve para hacer más fina nuestra manera de escuchar, para prolongar la oración, para señalar huellas de continuidad más eficaces con la vida. Porque no tenemos que olvidar que nuestro Dios es el Dios de las sorpresas y de las comunicaciones inesperadas, lo cual requiere una vigilancia continua.

Dios habla en el silencio, habla con Su silencio y nos habla en la vida cotidiana que por medio de momentos de silencio nos permite encontrarlo por medio de las personas con las cuales vivimos en contacto.

Teófanos el Monje nos cuenta: “Un día le dijo a un monje que servía de guía que hubiera deseado ser monje y él me preguntó: “¿qué tipo de monje? ¿Un monje verdadero?”. Yo le respondí: “Seguro”. Entonces me sirvió una taza de vino y me dijo: “bebe”. Tan pronto como bebí me di cuenta de que una esfera de cristal se estaba formando a mí alrededor, creciendo y expandiéndose hasta encerrarnos en su interior a mí y a él. Aquel monje que un momento antes había parecido completamente insignificante, ahora se había convertido en una belleza extraordinaria. Me quedé sin palabras y luego un pensamiento vino a mi mente: “Tal vez tendría que decirle lo hermoso que es, tal vez él ni siquiera se da cuenta”. Pero estaba tan sin palabras por su belleza que no respiraba, hasta que el monje me hizo señas de encaminarme y entonces me alejé de él, confiando en que el recuerdo de esa belleza hubiera sido para mí una fuente de alegría sin fin. Pero cuál fue mi sorpresa al ver que lo mismo sucedía con toda persona que yo encontraba: tan pronto como alguien casualmente entraba en mi esfera de cristal, yo podía sentir su belleza y sabía que era auténtica. Desde entonces estoy convencido de que ser un verdadero monje significa precisamente

³² Id., *Esperienza...*, 83.

eso: descubrir la belleza de los demás y permanecer en silencio delante de ella”³³.

8. La oración nos da la fuerza del amor de Dios

La oración, por lo tanto, queriendo llegar a una conclusión, es el oasis de paz de la cual podemos sacar agua, que por sí sola es capaz de alimentar nuestra vida espiritual y transformar nuestra existencia. De hecho esta es también la experiencia personal a la que San Pablo se refiere en el capítulo 12 de la Segunda Carta a los Corintios.

Frente a los que cuestionaban la legitimidad de su apostolado, Pablo no enumera las comunidades que ha fundado y los kilómetros de caminos recorridos, pero sí indica su relación con el Señor, su encuentro continuo con Él, tan intenso y caracterizado también por los momentos de la contemplación profunda (2Cor 12,1).

Es justamente en esta situación de profunda contemplación de Dios que él escuchó “palabras inefables que no le es lícito a nadie pronunciarlas” (v. 4) y sintió dirigirle el Resucitado una palabra clara y tranquilizadora: “Te basta mi gracia; pues la fuerza se manifiesta en la debilidad” (v. 9)³⁴.

En este momento de intensa oración, de verdadero encuentro “cara a cara” con Dios, Pablo entiende claramente cómo enfrentar y vivir cada acontecimiento de su vida, especialmente el sufrimiento, la dificultad, la persecución: en el momento en el cual experimenta la propia debilidad, se manifiesta el poder de Dios, que no abandona, no deja solos, sino que se convierte en nuestro apoyo y fuerza.

Por lo tanto, en la medida en la que crece nuestra unión con Dios y se hace más intensa nuestra oración, también nosotros vamos a lo esencial y entendemos que no es el poder de nuestros recursos, de nuestras virtudes y de nuestras capacidades lo que hace realidad el Reino de Dios, sino que es el mismo Dios el que hace maravillas precisamente a través de nuestra debilidad.

En la oración nosotros abrimos nuestros corazones al Señor para que Él venga a morar en nuestra debilidad, convirtiéndola en fuerza para el Evangelio.

En un mundo en el que corremos el riesgo de confiar sólo en la eficiencia y el poder de los medios humanos, estamos llamados a redescubrir y

³³ L. MORTARI (a cura di), *Detti...*, 145-146.

³⁴ R. FABRIS, *La preghiera nella Bibbia*, Borla, Roma 1985, 32.

dar testimonio del poder de Dios que se comunica en la oración, con la cual crecemos cada día en el conformar nuestra vida a aquella de Cristo, el cual -como afirma San Pablo- “fue crucificado por su debilidad, pero vive por el poder de Dios, y también nosotros somos débiles en él, pero viviremos con él por el poder de Dios para vuestra ventaja” (2Cor 13.4)³⁵.

La oración y la unión con Dios no nos alejan del mundo, pero nos dan la fuerza para permanecer realmente en el mundo, para hacer lo que tenemos que hacer en el mundo. También en nuestra vida de oración podemos, por lo tanto, tener momentos de especial intensidad, tal vez, cuando sentimos más viva la presencia del Señor, pero lo que es más importante es la constancia y la fidelidad de la relación con Dios, especialmente en las situaciones de aridez espiritual, de dificultad, de sufrimiento y de aparente ausencia de Dios que experimentamos.

La base de la oración cristiana es el reconocimiento del Creador por parte de la criatura, y nuestra fe nos enseña que el Creador estuvo cerca de una manera sin precedentes. La oración cristiana toma en serio esta cercanía de Dios y esta realidad nos sumerge por completo en el movimiento de Dios hacia el hombre y se deja conducir por el Espíritu Santo por medio del Hijo y con él al Padre, cuando se reconoce dentro de la comunión con Dios, en Su amor infinito, que nos envuelve completamente, ya que “en Él vivimos, nos movemos y existimos” (Hch 17,28).

³⁵ Id., *La preghiera...*, 45.